

Una historia de amor

José Luna Borge

«La noche le es propicia» José Agustín Goytisolo. Editorial Lumen, Barcelona 1992.

Si escribir un buen poema de amor sin caer en el tópico es sumamente complicado, lo es mucho más escribir todo un libro cuyo tema central es una historia de amor. Pedro Salinas lo hizo y desde entonces es considerado como el gran poeta de amor de su generación por aquellos que no alcanzaron a leer más que **La voz en ti debida**. José Agustín Goytisolo lo hace en **La noche le es propicia** (en tiempos tan poco propicios para el tema) y dedica el libro a D. Pedro.

En todas las etapas de Goytisolo podemos rastrear la veta amorosa como una constante temática que se repite con insistencia; podemos decir con Horacio Vázquez Rial que J.A.G. es «un poeta obsesionado por la expresión de lo amoroso» o que «es un poeta lírico, empeñado en la comunicación de la experiencia amorosa». En **A veces gran amor** (Lumen, 1991), de cuyo prólogo proceden las dos citas anteriores, reúne, a modo de antología temática, una selección de poemas amorosos de toda su obra anterior. En esto sigue la pauta que desde el 77 rigen sus publicaciones; todos son antologías temáticas de su obra, con el añadido de poemas inéditos: **Del tiempo y del olvido**, **Taller de Arquitectura** (1977), **Palabras para Julia** (1990), **Sobre las circunstancias** (1983), etc. (Esta costumbre o vicio no hay que achacársela exclusivamente a Goytisolo pues sus compañeros de generación, salvo excepciones, han venido haciendo lo mismo. Digamos pues que se ha convertido en «vicio» generacional).

Desde **Bajo tolerancia** (Barcelona, Ocnos, 1974) no publicaba J.A.G. un libro de poemas en sentido estricto. Si los temas tratados en su vasta obra han sido «múltiples y diversos» (como bien señala Carmen Riera en el prólogo) en **La noche le es propicia** «el amor se erige en materia poética de un libro entero». Se nos cuenta una historia de amor que transcurre en una noche y que la llegada del alba, a la manera de las «albadas» provenzales, marcará el final de la noche, de la entrega y la separación de los amantes.

Es curioso que la historia de una pasión se desarrolle en la noche, ese secreto reducto que los poetas del 50 cono-

cen/ieron (Barral, Gil de Biedma) tan bien. Es como si para ellos la noche fuera el reducido reino de lo irreplicable, de las infinitas posibilidades que el día frustra: «estas horas pasarán pronto/llegará el día y el adiós/y quedará sólo la ausencia» (pg. 25) «Nunca es igual un episodio/a otro episodio de la noche» (pg. 30).

Para contarnos una historia de amor que sucede en una noche, el poeta ha de emplear procedimientos narrativos semejantes a los del relato. Hay un narrador que cuenta la historia y que no coincide con la protagonista poemática (aquí es «ella» la que lleva la voz cantante, mientras que en Salinas y en Neruda la mujer adopta siempre una actitud pasiva). Estos momentos están perfectamente diseñados y sabiamente situados (colocados) en el total de la obra: son 13 poemas (la 3ª parte del libro que consta de 38) en los que utiliza el rarísimo eneasílabo. El orden de distribución en el conjunto es (es importante y nada arbitraria): 1º, 3º, 5º, 10º, 11º, 12º, 14º, 15º, 16º, 19º, 20º, 24º, 31º. En el 1º se nos cuenta el encuentro de los amantes y el 31 coincide con la llegada del alba y el final del encuentro. Utiliza un lenguaje coloquial sumamente fluido, con un cuidado ritmo. El aspecto verbal de estas 13 piezas no puede ser otro que el pasado (imperfecto e indefinido); en él se nos relata la historia y el proceso amoroso.

Alternando con este procedimiento narrativo encontramos otro «más lírico y sintético, que no cuenta, sólo canta» (dice C. Riera). Este proceso se concreta en 9 poemas con el exclusivo uso del endecasílabo. El orden de situación en el libro es: 7º, 17º, 21º, 25º, 28º, 30º, 40º, 36º y 37º. Estos poemas cantan la entrega amorosa y el recuerdo de ésta una vez pasada. El poema 7º, titulado «Y saluda a su ausencia», canta/cuenta el inicio de la entrega. Por el contrario, el 36º y 37º («No hay retorno» y «Llegará sigilosa») cantan el final de la entrega; el 36º es la partida del amante («De puntillas/camina hasta la puerta; no se vira/ella dormita y contemplarla duele»). En el 37º es ella la que parte con el alba y, ya en su casa, recuerda al «loco amante» («Se despertó y salía de la estancia/sin que nadie la viera... Piensa en su loco amante de la noche;/le gustan su ternura y su rudeza»).

En tres ocasiones hace Goytisolo un uso especial del endecasílabo (en los poemas 17º, 36º y 37º). Utiliza un endecasílabo compuesto, del tipo «7 + 4» (verso de



pie quebrado) con una cesura acentuada por el rebaje de un espacio a partir de la 7ª sílaba y la consiguiente conclusión del endecasílabo a distinto nivel. Por lo general el tetrasílabo completa o sentencia lo apuntado en el heptasílabo. Con este uso el poeta consigue un efecto de contraste, dinamizando el verso con el cambio de ritmo. Una variante de este particular uso del endecasílabo la encontramos en el poema 8º, «La noche le es propicia» (de donde el libro toma el título). Aquí combina un heptasílabo con un endecasílabo del tipo antes comentado («7 + »). Podríamos hablar también de la combinación de dos heptasílabos donde el 2º es truncado por una cesura y el rebaje de un espacio. Una curiosidad; si leemos exclusivamente los heptasílabos, olvidándonos de la coetilla final tetrasilábica del 2º de los versos, el poema tiene (casi) sentido completo. Este poema y el 36º («No hay retorno») tienen otro detalle en común y ello redundará en el sumo cuidado que el autor ha puesto en la estructura y trabazón de los poemas (en el libro todas las piezas están diseñadas al milímetro para encajar, como en un puzzle, unas con otras) este detalle compartido es un verso con una variante; el verso que da título al libro, referido a la protagonista en «La noche le es propicia»: («Aunque la historia/tan sólo ha comenzado/y sepa que la noche le es propicia». Y a él en «No hay retorno», coincidiendo con el final de la noche y de la entrega amorosa: «Su cuerpo todo luz saldrá a la luz/y él escapa contrito: no hay retorno/pues sabe que la muerte le es propicia/que ha de hundirse en la sombra más profunda/y que nada varía su derrota». Este tipo de estrofa, sin la servidumbre

de la rima, nos recuerda a la poesía amorosa medieval y más concretamente a la de Jorge Manrique; las coplas de «Castillo de amor» sobre todo.

Dos poemas, a modo de canciones con estribillo, enmarcan el proceso amoroso. Situado uno al inicio, «Tacto y aire fino» (22º), al final de la noche el otro. «La ternura última» (32º). La estructura es idéntica: combinación de endecasílabo y heptasílabo, donde éste hace las veces de estribillo o verso de vuelta. Encontramos también poemas (8) en los que combina endecasílabos y heptasílabos y otros (7) en los que el metro es exclusivamente heptasilábico. Cada uno tiene su lugar preciso y su significado en el conjunto; la variedad métrica refuerza el propósito final: el poema, como la historia que canta, ha de ser coherente, rico en matices y verosímil; esto es, nada altisonante ni tópico. Para ello, además del recurso métrico, el autor acude a la tradición amorosa medieval (albadas, canciones de amigo y de ausencia), a la intertextualidad de poetas destacados en el género (San Juan de la Cruz, Salinas, Neruda, de quienes toma versos, literalmente o con alguna variante), a la simbología de «la noche» y «el alba» en el tema amoroso y al disfraz literario de un narrador omnisciente que cuenta y que no corresponde a nadie en particular (las citas de Barral y de Gil de Biedma, al inicio del libro, son sintomáticas a este respecto). Todo ello hace de **La noche le es propicia** un ejercicio literario de arriesgada ejecución (por las dificultades obvias de tan poético y tópico tema) pero que José Agustín Goytisolo solventa con maestría y tacto, convirtiéndolo en una lectura inolvidable.